de costumbres que formaba el vínculo mas dichoso y mas digno de tan singular y hermoso fruto, pues la virtud y santidad de los casados la premia el cielo con hijos virtuosos. Sus posesiones se reducian á una estrecha y pobre casa, y á una pequeña heredad, que cultivaban con sus manos para sacar el corto sustento á que los reducia su estado humilde; de modo que siempre vivian con el sudor de su rostro, pero contentos con su suerte, recibiendo todo con placer de la mano divina. Era Vicente el tercer hijo; los primeros años de su infancia los pasó cuidando un rebaño de ovejas, como si en ese rústico empleo se ensayase para conducir despues otras muchas al aprisco del Pastor divino.

En aquella tierna edad y en tan humilde ocupacion ya daba señas Vicente de que Dios le tenia destinado para ejercicio mas noble, manifestando un talento y disposiciones poco comunes, que parece se complacia el cielo en ocultar bajo un esterior despreciable. Tales disposiciones determinaron á su pobre padre, aunque falto de recursos, á que siguiese Vicente la carrera de los estudios para llegar á ordenarse, pareciéndole que los talentos de su hijo podrian despues hacerlo afortunado, y que la carrera de la Iglesia daria mas tarde nombradía y honores á su familia; como habia sucedido á un vecino suyo, que siendo pobre y de baja esfera como él, lo habia sacado de la miseria y oscuridad un hijo sacerdote que consiguió y empleó en ello una buena renta eclesiástica, que en verdad no era suya. Este ejemplo que tenia á la vista el padre de Vicente, lo llenó de esperanzas, pues en el corazon mas tibio la emulacion sabe despertar deseos. Mas como los designios de Dios son tan diversos de los que ordinariamente tienen los hombres, la carrera de Vicente, como despues veremos, no sirvió para sacar á su familia del abatimiento, sino para engrandecer el reino de Cristo.

El humilde linage de Vicente y el tiempo que ha transcurrido desde su nacimiento, son causa de que ignoremos muchos acontecimientos de los primeros años de su vida, que suelen ser pronóstico del curso de toda ella. Sabemos sin embargo que desde muy temprano ardia la caridad en el corazon de Vicente: ocupábalo continuamente el cuidado de los pobres, hasta el punto de olvidarse de sí mismo; y muchas veces si encontraba algun mendigo al volver del molino, le obligaba á que tomase una parte de la harina que llevaba, como si él mismo no fuese necesitado. Verdad es que en esto no temia disgustar á su padre, porque era muy caritativo, y gustaba mucho de que su hijo lo fuese.

Manifestóse bien el amor que tenia Vicente á los pobres en una accion cuya historia debe transmitirse á la posteridad, y es la siguiente. Habia adquirido el inocente mancebo y guardaba como un tesoro un medio escudo [1], que aunque en sí es pequeña moneda, pero considerado el estado humilde de Vicente y la pobreza del pais en que vivia, debia parecerle cantidad considerable, pues el que no sabe lo que es riqueza, estima en mucho lo que vale poco. Sucedió, pues, que viendo un dia á un pobre que pedia limosna, movido su corazon por el sentimiento de la caridad, y sin atender á su propia pobreza, le dió aquel dinero que tenia; prueba clara de una piedad estraordinaria, pues darlo todo sin guardar nada, es prodigalidad de caridad nada comun, y parece accion impracticable en quien se ve, como él estaba, rodeado de miseria. Este acto en tan tierna edad manifiesta que el amor del prójimo y el desprecio de las cosas del mundo tenian profundas raices en el corazon de Vicente.

CAPITULO II.

De los estudios de Vicente y de su promocion á los órdenes sacerdotales.

Luego que Vicente llegó á la edad de doce años, lo envió su padre á la ciudad de Acqs para que pudiese dedicarse á los estudios. Deseaba el padre que fuese Vicente no menos virtuoso que estudiante, porque la virtud es compañera inseparable de la verdadera sabiduría; y aunque conocia que estaba dotado su hijo de un juicio nada comun en su edad y de tan puras costumbres que podian servir de ejemplo á todos sus compañeros, sin embargo, para que se conservase con tan buenas disposiciones y para evitarle daños de las malas compañías, lo encomendó al cuidado de los franciscanos, en cuyo convento se criaban y educaban muchos mancebos. Vicente no perdia tiempo ni daba ins-

[1] Poco mas de dos y medio reales.

tantes al ocio: la aplicacion era su descanso y el estudio su entretenimiento, y así aprovechó tanto, que á los cuatro años llegó á ser maestro de sus compañeros. Los aplausos que todos hacian de Vicente, decidieron á un abogado de aquella ciudad á llevarlo á su casa, señalándole una regular pension para que enseñase la gramática á dos hijos suyos. En los cinco años que duró esta ocupacion, continuó Vicente sus estudios adquiriéndose mucha estimacion y descargando á su padre del gasto de su mantencion, porque él mismo acudia á su sustento. Como Dios lo destinaba para que cumpliese sus altos designios, le despertó fuertemente el deseo de servirlo, y apartó su corazon de las cosas mundanas. Por esto no anhelaba á mas bien que al de agradar al que es el verdadero bien; le pareció que para esto el estado mas conveniente era el del sacerdocio, y en el año de 1596, el mes de Setiembre recibió los órdenes menores: desde entonces se vió bien que el Señor obraba en el alma de su siervo, pues desde el primer paso en el estado sacerdotal no solo dejó cuantas esperanzas le ofrecia la tierra, sino que determinó buscar el cielo por el mayor desprecio del mundo. Así es que lo primero que hizo fué dejar su patria, con firme resolucion de no volver mas á ella: pidióle la bendicion á su padre, y con su consentimiento partió para Tolosa, y de allí se fué á Zaragoza, en cuya Universidad estudió la Teología por espacio de siete años, y luego se graduó de bachiller, con facultad de poder interpretar públicamente el Maestro de las sentencias. Ocultó Vicente toda su vida esta honra adquirida por sus estudios, de suerte que hasta despues de su muerte ninguno sabia que se hubiese graduado en tan ilustre Universidad. Por el privilegio que se halló entre sus papeles se supo esto que ignoraban aun los que le trataban muy familiarmente, pues tenia Vicente tal cuidado en hollar la estimacion y despreciar hasta las sombras de la vanidad, que no solo ocultaba lo que sabia, sino que afectaba ignorancia, diciendo cuando la ocasion se presentaba, que él solo era un estudiante de gramática. ¡Ejemplo raro de humildad, ostentar ignorancia quien siempre estaba enseñando! Cuando la necesidad lo exigia, obligado por ella y por la defensa de la verdad, derramaba Vicente los rayos de su mucho saber, pero con tanta modestia, que apenas se manifestaban á los que pretendia ilustrar. Y si

alguna vez la elevacion de sus discursos y la viveza de sus pensamientos descubrian su profundidad y sabiduría, era muy á su pesar, porque su mayor gusto consistia en ser despreciado de todos y tenido por hombre ignorante, haciéndose verdadero discípulo del Apóstol, quien se gloriaba en no conocer mas que á Cristo crucificado.

Como el fin que Vicente se habia propuesto al abandonar su patria y parientes era desprenderse de todo lo terreno para seguir á Cristo, quiso recibir los órdenes del subdiaconado, y así lo hizo en el año de 1598, y luego en 23 de Setiembre de 1600 se ordenó de presbítero.

Para tan suprema dignidad fué grande disposicion de Vicente desnudarse de los afectos de la carne, y ausentarse, como otro Abraham, del lugar de su nacimiento para buscar y seguir solo á Dios. Tanto cuidado tuvo siempre en tener oculto lo que no conducia al servicio de Dios, que se ignora lo que le aconteció en esta época de su vida, pues ni del lugar, ni del tiempo en que celebró su primera misa ha quedado noticia alguna. Lo mas que se ha podido llegar á saber es que habia tenido tanto temor de aquel tremendo misterio que por primera vez habia de celebrar, que solo el pensamiento le hacia temblar. Refiriendo esto él mismo, dijo: Que por el asombro que le causaba una accion tan alta, que no ha sido concedida á la pureza de los ángeles, habia buscado un lugar muy retirado para celebrar la primera misa, y que solo le habian asistido en ella un sacerdote y un ministro. Siendo el sacerdocio lo mas grande que Dios puede dar sobre la tierra, deben mirar bien la conducta de Vicente los que quieran entrar con acierto en estado tan supremo.

Luego que fué ordenado de sacerdote, obtuvo un beneficio, cuya posesion no llegó á tomar, porque habiéndosele puesto pleito, no quiso defenderse, sino antes bien cedió todo su derecho al contrario, dándole las gracias por haberlo librado de aquel cargo; que para él era grave obligacion el instruir y cuidar á los feligreses. Los que conocen el peso de tales cargos, son únicamente los que saben rehusarlos. Vicente se juzgaba inepto para el oficio de párroco, y como verdadero discípulo de Cristo, no se negaba al trabajo, pero tampoco se gozaba en la dignidad.

CAPITULO III.

Cautivan los Moros á Vicente, y llévanle á Berbería.

En el curso de sus estudios dió Vicente tantas pruebas de virtud y prudencia, que era aclamado aun de la misma envidia: ninguno le trató sin cobrarle grande aficion, pues la escelencia y nobleza de costumbres es el mas poderoso atractivo para los corazones. Todos los que conocian á Vicente celebraban tanto cuanto veneraban y respetaban su conducta, y el crédito que tenia entre las personas principales hacia que le solicitasen para maestro de sus hijos, llegando á estimarlo hasta el punto que, como refiere el Sr. San Martin, canónigo de Acqs é íntimo amigo de Vicente, intentó el duque de Espernon que se le diese un obispado.

Muy diversos son los pensamientos de los hombres de los eternos decretos del Altísimo, pues cuando este príncipe trataba de elevar á Vicente á tan alta dignidad, Dios lo encaminaba á una penosa esclavitud, para que se labrase con los pesados hierros de una cadena la preciosa corona que hoy ciñe su cabeza. Volvia Vicente de Marsella adonde habia ido para recoger una herencia que en su ausencia le habia dejado un amigo suyo de Tolosa, y habiéndose embarcado para Narbona, cayó en manos de moros que le llevaron preso á Berbería. Este suceso lo refiere él mismo en una carta fecha en Aviñon á 24 de Julio de 1607, en que dice: «Me embarqué para Narbona con objeto «de llegar mas presto y hacer menos gastos, ó por mejor decir, «para no llegar nunca y perderlo todo. El viento era favorable «y bastante fuerte para llegar en aquel mismo dia á Narbona, lo «que hubiera sucedido si tres bergantines turcos no nos hubieran «dado caza y asaltado con tal fuerza, que habiendo matado dos ó «tres de los nuestros y herido á todos los demas, en cuyo número «entré yo mismo recibiendo una herida de saeta que me recor«dará el suceso toda mi vida, nos vimos obligados á rendirnos «á aquellos bárbaros. Descargaron los primeros golpes de su «rabia sobre nuestro piloto, al cual hicieron pedazos, porque «en la refriega mató á uno de los principales de ellos, á mas «de cuatro ó cinco forzados que perecieron á manos de los nues«tros. Nos encadenaron en seguida á todos, y despues de haber «curado muy mal nuestras heridas, continuaron sus correrías ha«ciendo otros mil ladronicios, aunque daban libertad á los que «se rendian sin pelear. Al cabo de siete ú ocho dias, cargados «de mercancías, volvieron á Berbería, cueva y habitacion de «ladrones. Luego que llegamos á Tunez, nos pusieron en venta, «haciendo un proceso verbal de nuestra prision, en que afirma«ban que se habia verificado en un navio español, pues sin esta «estratagema nos hubiera puesto en libertad el cónsul que allí «tiene el rey para mantener el comercio libre con los franceses. «Lo que hicieron para ponernos en venta fué esto: despues de «habernos desnudado, nos dieron á cada uno un par de calzo«nes, una camisilla de lino y un birrete, y con este trage nos «llevaron á la ciudad, donde nos hicieron dar cinco ó seis vuel«tas con la cadena al cuello; nos volvieron á la barca para que «los mercaderes nos viesen comer y conociesen que no eran mor«tales nuestras heridas. Hecho esto, nos volvieron á llevar á la «plaza, donde fueron los mercaderes para examinarnos del modo «que se hace cuando se compra un caballo ó un buey: hacíannos «abrir la boca para vernos los dientes, nos tocaban los hijares «y nos sondeaban las heridas; despues nos hacian caminar, tro«tar, correr, levantar cosas pesadas y luchar, para probar las «fuerzas de cada uno, y hacer otras mil bestialidades. Yo fuí «vendido á un pescador, el cual muy pronto se vió obligado á «venderme, por no haber cosa mas nociva para mí que el mar. «Pasé á poder de un médico viejo, químico y destilador de quin«tas esencias, hombre muy humano y tratable, el cual habia em«pleado cincuenta años en buscar la piedra filosofal. Mucho me «amaba este hombre, y gustaba de conversar conmigo sobre su «arte y sobre las cosas de su ley, esforzándose en atraerme á ella, «prometiéndome grandes riquezas y descubrirme los secretos de «su ciencia. Pero Dios nuestro Señor me dió siempre una firme «esperanza de mi libertad por las continuas oraciones que diri«gia á su Divina Magestad y á la Santísima Vírgen, por cuya «intercesion creo ciertamente haber salido de mi cautiverio. Es«tuve, pues, con aquel viejo de Setiembre de 1605 hasta Agosto «del año siguiente, época en que fueron á prenderlo para lle«varlo á servir al gran sultan; y fué tal la pesadumbre que re-

«cibió, que murió en el camino. Quedéme con un sobrino suyo, «quien poco despues de la muerte del tio me volvió á vender, «porque habia oido decir que el Sr. Breres, embajador del rey «de Francia en Turquía, venia con patente del gran señor á dar «libertad á todos los esclavos cristianos franceses. Vendióme, «pues, á un renegado de Niza, hombre inhumano, quien me lle«vó á su temat, nombre que ellos dan al terreno que se cultiva «por un arrendatario del príncipe, porque en aquellos lugares «el pueblo nada posee en propio, pues todo es del gran sultan. «Este temat estaba situado en la montaña de un pais en estremo «caliente y desierto.

«Tenia este renegado tres mugeres, una de las cuales era «turca, y ella sirvió de instrumento á la misericordia de Dios «para sacar á su marido del estado de apostasía y librarme de «la esclavitud, pues como ella tuviese mucho deseo de conocer «nuestro modo de vivir, diariamente venia al campo en donde yo «trabajaba, y una vez me mandó que cantase las alabanzas de «mi Dios. El recuerdo de aquellas palabras: *Quomodo canta«bimus canticum Domini in terra aliena?* de los hijos de Israel «esclavos en Babilonia, me hizo, con las lágrimas en los ojos, «cantar *Super flumina Babylonis*, y despues la *Salve Regina* y otras «oraciones que escuchó con gran gusto. En la noche tuvo cuida«do de decir á su marido que habia hecho mal en dejar su re«ligion, de la que habia formado muy buena idea por lo que «yo le habia dicho sobre la grandeza de nuestro Dios, y por «algunas alabanzas que habia cantado en su presencia: que «ella habia tenido tanto gusto de oirlas, que no creia tener otro «mayor en el paraiso de sus padres adonde esperaba ir, y con«cluyó diciendo que conocia que en aquello habia alguna cosa «sobrehumana.

«Tal efecto produjeron las razones de esta muger, que al dia «siguiente me dijo el marido que estaba decidido á huir á Fran«cia; que nada faltaba mas que aprovechar la ocasion, que «dentro de pocos dias se le presentaria con la ayuda de Dios. «Estos pocos dias fueron diez meses en que me entretuvo dán«dome siempre esperanzas; pero en fin, al cabo de ellos nos «embarcamos y huimos en un pequeño esquife, y abordamos al «puerto de Aguas Muertas el dia 28 de Junio. Pasamos de allí

«á Aviñon, en donde el renegado, con lágrimas en los ojos y mu«cha compuncion, se presentó al vice-legado, quien públicamente «lo recibió en la iglesia de S. Pedro para gloria de Dios y edi«ficacion de los asistentes. El dicho vice-legado nos ha detenido «para llevarnos á Roma luego que venga su sucesor, y ha prome«tido al penitente facilitarle la entrada en el convento de los «frailes de S. Juan de Dios, conforme á la promesa que este ha«bia hecho."

Hasta aquí la carta de nuestro Vicente, que encontró cincuenta años despues, y guardó con grande interes un compañero suyo, á pesar de las muchas diligencias que aquel hizo para que no llegase despues á manos de ninguno: porque su estrema humildad ocultaba con empeño cuanto Dios obraba con él y cuanto él hacia en servicio de su Divina Magestad.

Vemos en la esclavitud de Vicente la grandeza y libertad de su espíritu, y como cargado de cadenas, volaba su corazon á Dios y ardia en su amor, pues que sus palabras pudieron ablandar el pecho de una muger bárbara, y atraerla á lo que no conocia con sola la melodía de los cantos divinos que entonaba su ardiente amor. Hizo mas, pues consiguió que la misma muger quedase tan penetrada de la escelencia de la religion, que tomó á su cargo quitar la venda que cegaba al apóstata marido, y obligarlo á que volviese al gremio de la Iglesia.

Incomprensibles son los caminos de Dios, y en este suceso se ve claramente la verdad de ello; pues llevó á Vicente á padecer un penoso cautiverio para dar libertad al que era esclavo del Demonio. Tambien se ven los medios de que se valió la Providencia para que Vicente viese y esperimentase los trabajos que padecen los cristianos cautivos, suspirando entre cadenas, oprimidos de insoportables fatigas, privados de consuelo, y lo que es mas lastimoso, en continuo peligro de perder la fe; y para que se animase á dar ayuda á aquellos infelices, como lo ejecutó despues con el celo caritativo y buen éxito que veremos en el progreso de su vida.